

ven hijo Jacobo VI, cuyas tendencias protestantes le disgustaban en extremo, y entregarla á Felipe, el cual, desde allí, podría atacar á Inglaterra. El duque Francisco de Guisa entró en el plan y envió á Madrid, para llevarlo á cabo, un agente escocés con terminantes recomendaciones (1586) (1). Felipe pensó enlazar esta empresa con la conjuración de Babington y de sus amigos, hacer dar muerte á Isabel y caer directamente sobre Inglaterra. Alejandro Farnesio le había expuesto minuciosamente este proyecto; y en realidad, desde que Leicester había sido enviado con tropas inglesas á los Países Bajos, el rey y sus generales tenían por bueno y lícito todo cuanto se hiciera contra la reina de Inglaterra. Un número considerable de lores católicos habían prometido su cooperación; Mendoza, que era entonces embajador de España en París, aconsejó que se asesinara de una vez á todos los ministros ingleses para poner así en confusión y división á todo el reino. Farnesio reunió tropas y buques para invadir á la primera señal la Inglaterra. Desde la llegada de Leicester á los Países Bajos existía realmente en estos un estado de guerra entre Inglaterra y España, y así Felipe había prohibido todo comercio con Inglaterra y secuestrado los buques ingleses que estaban anclados en los puertos españoles (2).

Walsingham, que había dejado con toda intención que la conjuración tomara grandes proporciones, para poder sacar luego mejor partido de ella contra María, descubrió entonces todo el complot á la reina, la cual espantada y poseída de indignación, consintió no solo en que se encarcelara y se diera muerte á los conjurados, sino en que se instruyera causa criminal contra María Estuardo. La opinión pública de Inglaterra, conocida la intención que de invadir este país tenía España, exigió que se tomaran rigurosas medidas contra María Estuardo, y el parlamento publicó una ley concediendo para ello plenos poderes á la reina. Jurídicamente, sin embargo, tal proceso era un absurdo, porque María era una soberana que no se había puesto bajo el amparo de las leyes inglesas, sino que había sido hecha prisionera por la violencia en Inglaterra; de suerte que si María se hubiese mantenido firme, negándose á responder ante el tribunal de los cuarenta y seis lores y caballeros, nada hubiera podido hacerse legalmente contra ella. Acerca de su participación en la conjuración no solo contra la seguridad de Inglaterra, sino contra la vida de Isabel, no puede haber la menor duda, pues está demostrada no tanto por los papeles examinados por Walsingham, que podrían ser tachados de falsos, y por las declaraciones de los dos secretarios de María, que se han querido suponer hijas del temor al tormento, cuanto por la correspondencia misma de Mendoza con su rey (3). María, después de haberse negado en un principio, á presentarse al tribunal, se dejó persuadir por los emisarios de Isabel de la conveniencia de abandonar su inexpugnable posición de soberana y de comparecer ante los jueces, con lo cual reconoció su competencia. A pesar de no habersele nombrado defensor, supo defenderse con un valor, una presencia de ánimo y una habilidad admirables. Nunca se había visto que una mujer débil y enferma á causa de su prolongada prisión discutiera, sin defensor alguno, con los hombres mas sabios y mas versados en la ciencia jurídica de Inglaterra, y negó la autenticidad de los documentos que le presentaron,

(1) De Croze, I, 373.

(2) Cabrera (tomo III, pág. 152) censura esta medida, tachándola de precipitada y de haber sido tomada «contra el parecer de los mas sabios.»

(3) Mendoza á Felipe II: «La reina de Escocia me parece que debía de saber bien el negocio por lo que se ve por una carta que me ha escrito.» Teulet, V.

calificó de arrancadas por el tormento las declaraciones de Babington y demás conjurados, añadiendo que habían sido desfiguradas por los jueces. Esto no obstante, el tribunal pronunció por unanimidad, á fines de octubre, la sentencia de muerte contra la reina prisionera, y el parlamento exigió de Isabel que sin demora mandara ejecutar el terrible fallo. En Londres y en el resto del reino, se echaron á vuelo las campanas y se encendieron en las calles y plazas hogueras en señal de regocijo por la próxima muerte de la odiada enemiga del Estado y de la reina (4).

Bajo el punto de vista de la seguridad política, fué este un acto en cierto modo disculpable por necesario; pero considerado jurídicamente no tiene disculpa alguna. El anatema que la posteridad ha lanzado contra la conducta de Isabel está todavía mas justificado por la circunstancia de que no solo negó á la pariente sentenciada los auxilios de la religión, sino que ordenó se la tratara con el mismo rigor que á un criminal vulgar. Trece terribles semanas permaneció María en mortal incertidumbre acerca de su suerte. Enrique III de Francia se interesó vivamente por su causa, llegando hasta á apelar á las amenazas, y Jacobo VI envió una embajada á Londres para protestar, aunque con escasa energía, contra la ejecución de su madre. Isabel rechazó irritada todas estas manifestaciones; pero á pesar de todo, sintió cierta turbación, porque temía la responsabilidad que contraía ante el presente y ante la posteridad y al propio tiempo la venganza de los católicos. Para salir de aquel dilema apeló á los medios mas comunes, exigiendo, por ejemplo, de Poulet que asesinara secretamente á la prisionera, cosa que el anciano puritano rechazó con palabras duras, y entregando luego la sentencia firmada á su secretario Dawson para que la refrendara el lord canceller, sin dar claramente la orden de ejecución. El consejo privado mandó ejecutar la sentencia en 7 de febrero de 1587; María mantuvo toda su dignidad real en sus últimos momentos; Isabel, en cambio, coronó el ambiguo y cruel proceder que para con la reina de Escocia había observado, con la manera hipócrita como procuró librarse de la responsabilidad de aquel hecho. En efecto hizo encerrar en la Torre á Dawson pretextando que se había excedido en sus atribuciones y que había falseado sus mandatos; trató con gran desden durante muchas semanas á la mayoría de los miembros del Consejo privado, especialmente al primer consejero Burghley; mostró gran afición, y mandó hacer á María solemnes funerales. ¿A quién quería engañar con todo esto?

La muerte de María Estuardo fué un acontecimiento favorable para el partido católico de Europa, pues arrojó una negra mancha sobre la causa protestante y excitó la indignación del mundo católico. En Francia especialmente, el ciego furor que se apoderó de las masas de la Liga contra los protestantes llegó á un grado tal, que los mismos jefes comenzaron á espantarse de la ferocidad de su gente. Todos convenían en que la ejecución de la infeliz reina de Escocia obedecía únicamente á motivos religiosos; y el clero acusó sin embozo á Enrique III de haber consentido en secreto en la muerte de María. La excitación se aumentó en Francia con la carestía que durante aquel año dejó sentirse, y que se atribuyó tambien á criminales intrigas y medidas tomadas por el rey (5).

Los héroes del pueblo católico francés eran los hermanos Guisais; mientras el duque Enrique el cari-cortado hacia la guerra en pro de la Liga, su hermano, el prudente y circuns-

(4) Chateaufeuft á Enrique III (diciembre de 1586); Raumer, *Cartas de París*, II, 194.

(5) Diario de la Fosse, 203.

pecto duque de Mayena, se dirigió precipitadamente á París, donde, auxiliado por un verdadero Consejo de la Liga, gobernó con mas autoridad que el mismo rey. La capital, representada por sus diez y seis inspectores de barrio, se adhirió á la causa defendida por el de Mayena. Los diez y seis formaban una especie de administración republicana de la ciudad, cuyo clero era casi en su totalidad adicto á la Liga. El rey, entregado á discreción de tan terrible alianza, no tenía mas esperanza que la de que sus enemigos se destruyeran mutuamente.

La Liga no salió muy bien librada de los campos de batalla: en 20 de octubre, el duque de Joyeuse fué derrotado en Coutras por Enrique de Navarra. Todos los nobles lujosamente ataviados y cubiertos de oro tomaron parte en la batalla, pero fueron vencidos al primer encuentro por los pobres y rústicos nobles de la Gascuña. Los vencedores solo perdieron 40 hombres, los de la Liga 2,400, entre ellos el mismo Joyeuse. Los protestantes no cabían en sí de gozo, pues esta era la primera victoria importante que habían obtenido sobre sus adversarios, los católicos.

Pero, como en anterior ocasion había sucedido á los católicos no supieron en esta los protestantes aprovecharse del triunfo obtenido. Los nobles protestantes regresaron en su mayor parte á sus hogares para festejar allí con espléndidos banquetes su victoria; y entre tanto, el ejército alemán-suizo, que había avanzado hasta Chartres, abandonó la Francia, á consecuencia de las negociaciones entabladas con el rey y con Guisa y de algunas victorias conseguidas por estos. El de Guisa conquistó gran fama cuando, protegido por subsidios españoles, se mantuvo por completo independiente del rey y derrotó en Anneau á una fuerte división de caballería alemana. Todo el éxito de la campaña se atribuyó á él, y en París y en otras grandes ciudades se predicó sobre el texto bíblico: «Saul derrotó á mil, David á diez mil.» Enrique III vióse entonces obligado á reunir á los sacerdotes de la capital y á amenazarlos con severas penas por sus sermones sediciosos, pero no se pasó de las amenazas, y la Sorbona decidió que á los príncipes que no cumplieran sus deberes el gobierno podía considerarlos como menores de edad, cuya administración era sospechosa (1).

Vióse entonces claramente que Enrique había incurrido en grave falta subordinándose á la Liga; cuanto mas se prolongaba la guerra contra los protestantes, cuanto mayor era la desolación que llevaba al Centro y al Sur de Francia, tanto mas ardiente se mostraba, con gran satisfacción del de Guisa y de Felipe II, el partido ultra católico y tanto mayor era la suspicacia con que, no sin razon, miraba á Enrique III. Mendoza, el embajador español, fomentaba de continuo el descontento y excitaba á Enrique de Guisa á que, en caso necesario, se apoderase del gobierno de la nación: sobre ello sostenía correspondencia con Felipe II, con Alejandro Farnesio y con todos los caudillos de la Liga. Mendoza era realmente activo, enérgico y violento, y por tanto el hombre mas á propósito para ser el alma del complot dirigido á poner á la Francia bajo el dominio absoluto del ambicioso jefe del fanático partido español (2).

¡Cuán seguro parecia el triunfo de la Liga organizada por el habitante del Escorial para fundar la dominación universal hispano-católica! Ya en julio de 1587, los hombres mas influyentes de las principales ciudades de la Liga se habían reunido en asamblea en Ruan, decidiendo allí organizar en cada una de aquellas ciudades una fuerza armada que, uni-

da á las demás, pudiese marchar sobre París, y anular por completo el poder real (3). Enrique III sospechó la intriga y se quejó amargamente de Mendoza á Felipe II; pero el soberano español dejó que este continuara intrigando contra el monarca cerca del cual estaba acreditado. Enrique estaba rodeado de traidores que ponían en conocimiento de los de la Liga todas las decisiones reales.

Entre tanto se aumentaba claramente la agitación que se notaba en París (4): publicáronse toda clase de sátiras y de caricaturas contra el rey, y como los fieles oían de continuo declamar contra él desde el púlpito, llegaron á creer que verdaderamente estaban gobernados por un monstruo, por un tirano, por un adepto del diablo. Ante la perspectiva de próximos disturbios y saqueos, un gran número de vagos de las provincias del Norte de Francia habían acudido á la capital, cubriéndose con la máscara del celo religioso; y todos estos elementos encontraron hábiles y elocuentes caudillos en los procuradores y abogados que, tratados con menosprecio por los consejeros del Parlamento, se esforzaban por aumentar su influjo y su consideración. Muchos de ellos figuraban entre los diez y seis que habían asumido todo el poder en la ciudad. Elegidos por la milicia ciudadana, los diez y seis estaban íntimamente unidos con el pueblo de París, á quien dominaban por medio de los comisarios de policía, y segun lo acordado en Ruan formaban secretamente depósitos de armas y municiones.

Todo cuanto hacia Enrique III para apartar de sí la tormenta que le amenazaba contribuía tan solo á precipitarla; así por ejemplo la prohibición que se impuso al duque de Guisa de presentarse en París no hizo mas que irritar al pueblo. Epernon, jefe de los *políticos*, es decir de los católicos moderados, y favorito del monarca, vióse colmado de obsequios por este, á despecho de los de la Liga; mas cuando aquel hombre perdido y ambicioso, pero al propio tiempo audaz, pidió que se tomaran contra los sediciosos enérgicas medidas, el rey se negó á ello y le envió á provincias con un honroso pretexto. Catalina de Médicis, adicta á los Guisais, no hacia mas que dar consejos conciliadores que se avenían perfectamente con la condición débil de su hijo. Entre tanto los Guisais establecieron su cuartel general en Nancy y utilizaron cuidadosamente su ejército en pequeñas empresas militares contra los herejes, hasta que por fin enviaron al rey su *ultimatum*, exigiendo que se declarara abiertamente partidario de la Liga, que alejara de su corte á los católicos templados, que les privara de todo empleo, que publicara las decisiones del concilio de Trento, que creara un tribunal inquisitorial en cada ciudad, y que mandara ejecutar á todos los herejes que fuesen cogidos con las armas en la mano. Además exigieron otras varias medidas de este género (enero de 1588).

Los acontecimientos se precipitaban mientras el rey buscaba su salvación en las negociaciones. El 9 de marzo murió envenenado el príncipe de Condé, ignorándose quién fué el autor de este crimen, muerte que desanimó á los protestantes que tenían mas confianza en él que en Enrique de Navarra, tan indeciso en materia de religión; y mientras los políticos y los hugonotes pensaban con temor en el porvenir, Felipe II preparaba un nuevo golpe decisivo contra sus enemigos.

La empresa de los de la Liga en Francia no era mas que una de las flechas de su arco, pues que, al propio tiempo, pensaba someter á Inglaterra á las creencias y á la soberanía

(3) Véase Baguenault de Puchesse, *La política de Felipe II en los asuntos de Francia*. Revista de cuestiones históricas, XXV, 38.

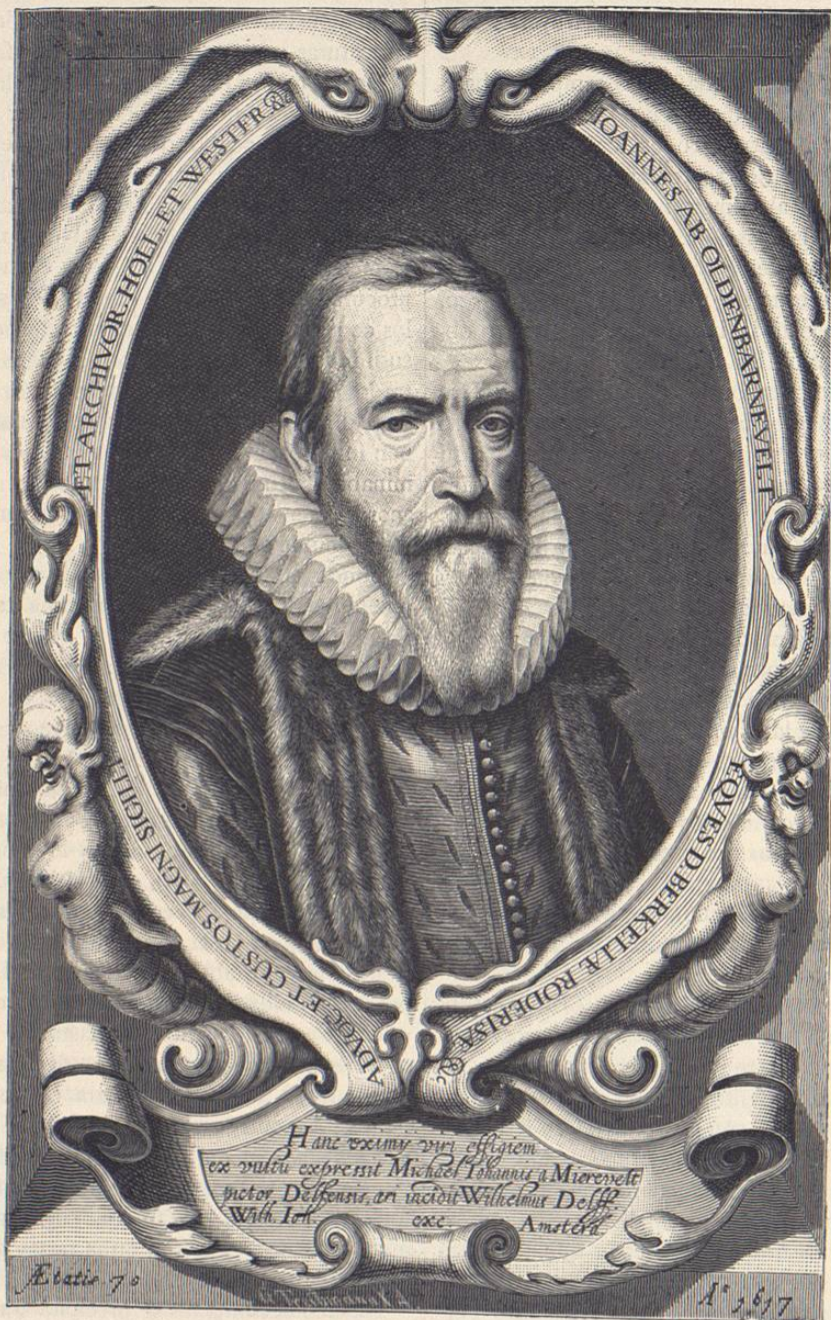
(4) Alfredo Maury, *La Commune de París 1588*. Revista de ambos mundos, 1.º de setiembre de 1871.

(1) *Diario de l'Estoile*, Michaud y Poujolot, II, I, I, 234.

(2) La interesante correspondencia de Mendoza, (Croze, tomo II), nos da muchos detalles sobre ello.

de España. No habiendo podido conseguirlo en vida de María, quería Felipe vengar la muerte de esta y apoderarse de la herencia de las dos coronas que esta nación había dejado. Mendoza escribía lo siguiente: «Habiendo Dios permitido que esta nación excitara su cólera, no solo bajo el punto de vista religioso por su herejía, sino bajo el de la

humanidad por aquel crimen, es clara su voluntad de que V. M. entre en posesión de ambos territorios.» Los Guisas y sus partidarios prometieron apoyar con todas sus fuerzas el ataque contra Inglaterra, y el papa Sixto V lanzó contra Isabel una nueva bula, en la cual la desposeía de la soberanía por hereje y por no haber solicitado del Pontífice



JUAN DE OLDEN-BARNEVELDT

Copia de un grabado en cobre por Guillermo Jacobo Delft (1580-1638), y sacado de un cuadro original pintado por Miguel Janson Miorevelt (1567-1641)

según usanza del siglo XII la aprobación de su advenimiento. En aquella bula se conminaba, además, á todos los ingleses á que se sometiesen al ejército del rey de España, que estaba dispuesto á llevar á cabo lo ordenado en ella. La intención de los invasores no era, según se decía, de destruir la constitución ni las leyes de Inglaterra, sino poner de nuevo al catolicismo en plena posesión de sus derechos (1).

(1) Herrera, *Historia general*, III, 86.

Luego que Felipe hubo aceptado este plan, perseveró en él con su acostumbrada obstinación; en vano su ministro Idiaquez le aconsejó que ante todo dedicara sus esfuerzos á la dominación de los Países Bajos, empresa que en tan buen camino se encontraba, conseguido lo cual podría más libremente y teniendo segura una buena retirada, intentar la realización de sus planes contra Inglaterra. En vano Alejandro Farnesio y el famoso almirante español, el marqués de Santa Cruz, el vencedor de las Terceras, le hicieron ver la necesidad de apoderarse cuando menos de algunos puertos impor-

tantes de Holanda para poder dominar á los holandeses y contar con algunos puntos de refugio frente á las costas inglesas, para el caso de una tempestad ó de un fracaso. La falta de estos puertos fué la principal causa de la ruina de la escuadra española. Felipe, tan lento en sus decisiones, no quiso oír hablar de ningún retardo en la empresa de Inglaterra y excitó con duras reconvenções é inectivas á sus generales y almirantes para que procedieran con toda urgencia. Los españoles acusaron á Farnesio de querer prolongar la guerra para conservar su autoridad y amontonar riquezas (1). La impaciencia devoraba al monarca; así es que en otoño de 1587 quiso de todas maneras que su armada se hiciera á la vela, pues de este modo se sorprendería á Inglaterra mientras es-

taba haciendo sus preparativos. Santa Cruz se negó rotundamente á ello por no estar preparados debidamente los buques ni las tripulaciones y porque aquella época del año era poco propicia á la navegación. Tal negativa excitó la cólera del rey, cólera que fué avivada por los envidiosos enemigos del almirante, especialmente por Alonso de Leiva que de buena gana hubiera ocupado el puesto de Santa Cruz al frente de la escuadra (2). «En verdad, dijo una vez el monarca en su impaciencia al valiente Santa Cruz, correspondéis muy mal á las bondades que siempre os he dispensado (3).» Esta excitación constante y el temor de atraerse la cólera del rey produjeron en el valeroso marino una fiebre aguda que puso fin á su vida, robando así á aquella colosal em-

Facsimile de la firma de la reina Isabel de Inglaterra

presa el único caudillo capaz de llevarla á cabo. Para sustituir á Santa Cruz nombró Felipe á D. Alonso Perez de Guzman, duque de Medina Sidonia, uno de los principales y mas ricos nobles de España, el cual desgraciadamente no tenia noción alguna teórica ni práctica del arte de navegar, es decir, que el general de hierro fué reemplazado por un general de oro; cambio más funesto para la escuadra española que la pérdida de una batalla. Además, fué un mal agüero para la expedición el hecho de que el audaz Francisco Drake penetrara, en la primavera de 1587, con veintiocho embarcaciones de pequeño porte, en el puerto de Cádiz y destruyera un gran número de buques de guerra y de transporte abundantemente provistos.

Sin embargo estos daños pronto fueron reparados, gracias á los extraordinarios esfuerzos del gobierno español. En la primavera de 1588, debía decidirse definitivamente el plan tan lento, paciente y prudentemente preparado por Felipe, plan que debía conquistar para España la dominación universal. Las probabilidades eran de éxito, y el rey católico podía, con razón, acariciar las más temerarias esperanzas. Italia prestaba su obediencia y el mismo orgulloso y caprichoso papa Sixto V, entregaba una parte de sus tesoros, con tanto afán reunidos y tan cuidadosamente guardados, para la empresa contra Inglaterra. En Alemania, cada vez se hacía más poderosa la Contra-reforma católica, protegida por la casa imperial de los Habsburgos. Los Países Bajos habían sido nuevamente sometidos, á excepción de tres ó cuatro provincias de la costa que los españoles denominaban con menosprecio «las Islas.» En Francia, la Liga y los Guisas estaban á punto de destronar á la familia que legítimamente ocupaba el trono, en provecho de un protegido de España, y en cuanto á Inglaterra ¿cómo podría resistir á la

armada Invencible, á la escuadra compuesta de ciento treinta buques (4) que en la primavera de 1588 se encontraba por fin dispuesta á hacerse á la vela en dirección á «aquella «pequeña» isla? La mayor parte de las embarcaciones eran buques de dimensiones extraordinarias para aquel tiempo (pues median de trescientas á mil doscientas toneladas) construidos con lujo pero poco manejables, y más propios para navegar por las costas del Mediterráneo que para cruzar los altos mares. Tripulábanlos 10,000 marineros y esclavos de remo, 20,000 marinos, en su mayor parte voluntarios de familias nobles, y 20,000 soldados, en su mitad elegidos entre los regimientos de veteranos. Esta escuadra debía dirigirse á las costas de los Países Bajos, donde Farnesio había reunido, en Sluys, un ejército de 30,000 hombres, y preparado los buques necesarios para transportarlos. Estos últimos debían desembarcar en Inglaterra protegidos por la escuadra.

El éxito parecía tanto más seguro, cuanto que Felipe esperaba poder sorprender á Inglaterra desprevenida. Desde el año anterior había comenzado con la reina Isabel negociaciones cuyo único objeto era darle engañosas seguridades, por cuya razón, á pesar de la condescendencia de la reina inglesa, no dieron resultado alguno, hasta que, en mayo de 1588, la armada *Invencible* estuvo pronta á darse á la vela. Ciertamente Isabel estaba enterada, desde 1586, por sus espías y por la interceptación de despachos, de cuanto ocurría en España, y en Inglaterra se hacían grandes preparativos, así para armar y ejercitar las milicias, como para fortificar los puertos (5); pero nada de lo que se hacía obedecía á un

(2) Cabrera, III, 267.

(3) Estrada, *De bello gallico*. Dec. II, lib. IX. La obra de Estrada está mal escrita y mal compilada, pero es imparcial y veraz, por cuya razón precisamente la han censurado los escritores del partido español.

(4) Contando los que llevaban viveres, ciento sesenta. Cabrera, III, 291.

(5) *Cal. of. State pap. Dom. Series. Eliz. 1581-1590*, pág. 325.

(1) Herrera, *Historia general*, III, 92.